

La Navidad y el olvido

El término "crisis" procede etimológicamente del griego y significa "decisión". Las navidades son un tiempo de crisis. De cambio. La mayoría de la gente *decide* olvidar el curso extraviado del mundo, ocultar las desdichas cotidianas, aplazar el incierto futuro. La esencia de la navidad consiste en la suspensión momentánea (y benevolente) del tiempo real para celebrar el mito de un tiempo renovado. Los dos momentos cruciales son la natividad y el año nuevo.

La natividad es el anuncio de que existe una esperanza interior a pesar de la historia; un anhelo ajeno a lo que acaece, opuesto a los renglones torcidos que escriben con sangre y oro los herederos mundanos del dios recién nacido. En general, la natividad simboliza el nacimiento, origen del ciclo vital del ser humano, que se sitúa en el tiempo primigenio de la inocencia pura sin mezcla de mal alguno (que la Biblia enturbia con la noción innata del pecado original). No recuerdo el nombre del poeta francés octogenario que al mirarse las manos temblorosas que sujetaban la pluma escribió aquel verso: *Quien se atrevería a hacerle esto a un recién nacido...*

El año nuevo, a su vez, es el arquetipo universal del mito del eterno retorno que se celebra en todas las religiones y culturas. Simboliza la rebelión contra las desdichas del tiempo lineal. Todo lo que ha sucedido se disuelve, se purifica y retorna reconciliado al tiempo del *paraíso terrenal*. Una promesa recurrente de olvido y felicidad, aunque promesa quebrada.

El término "crítico" tiene la misma raíz que crisis, significa "el que juzga y tiene criterio". Durante las navidades silenciemos la crítica o capacidad de discernir durante el tiempo primordial del mito, se trate de la natividad o del año nuevo. Nos olvidamos, por ejemplo, del trato insensible que las autoridades autonómicas de Madrid han dado a la escritora madrileña Almudena Grandes o el mutismo de un famoso escritor y académico muy dado a la polémica en las redes sociales por asuntos menores.